

1.ª a 10.ª edición (Anaya)  
11.ª Edición, 1974  
12.ª Edición, 1975  
13.ª Edición, 1975  
14.ª Edición, 1976  
15.ª Edición, 1977  
16.ª Edición, 1978  
17.ª Edición, 1979  
18.ª Edición, 1980  
19.ª Edición, 1980  
20.ª Edición, 1981  
21.ª Edición, 1982  
22.ª Edición, 1983  
23.ª Edición, 1985  
24.ª Edición, 1985  
25.ª Edición, 1987  
26.ª Edición, 1988  
27.ª Edición, 1989  
28.ª Edición, 1990  
29.ª Edición, 1992  
30.ª Edición, 1994  
31.ª Edición, 1994  
32.ª Edición, 1996  
33.ª Edición, 1998

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Fernando Lázaro Carreter  
Evaristo Correa Calderón  
Ediciones Cátedra, S. A., 1998  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
Depósito legal: M. 29.351-1998  
ISBN: 84-376-0024-3  
*Printed in Spain*  
Impreso en Gráficas Rógar, S. A.  
Navalcarnero (Madrid)

Fernando Lázaro Carreter  
*Catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid*

Evaristo Correa Calderón  
*Catedrático*

## *Cómo se comenta un texto literario*

EDICIÓN REVISADA Y AMPLIADA

CATEDRA  
CRITICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

## ANÓNIMO: LAZARILLO DE TORMES

- Yo, como estaba hecho al vino, moría por él, y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente, con  
5 una muy delgada tortilla de cera, tapanlo; y al tiempo de comer, fingiendo tener frío, entrábame entre las piernas del triste ciego, a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor de ella luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera  
10 ponía que maldita la gota se perdía.

### COMENTARIO

[Localización] Pertenece este fragmento a la famosa novela *Lazarillo de Tormes*, publicada como anónima a mediados del siglo xvi; en ella da comienzo un género-nuevo, el de la novela picaresca\*, que representa el nacimiento del realismo\* en la novela.

Se trata de una áspera reacción contra las irreales ficciones caballerescas y pastoriles de aquella época. El desconocido autor del *Lazarillo* observa más que imagina. Y su héroe no es un caballero o un héroe, sino un pobre muchacho, un pícaro nacido en Salamanca, que sirve a varios amos (un ciego, un clérigo, un escudero, un fraile...), pasa hambre y acaba «feliz», cuando, ya casado, alcanza el cargo de pregonero en Toledo.

Nuestro texto corresponde al primer capítulo, en el que se narran las desventuras de Lázaro al servicio del ciego, hombre avaro y de malas inclinaciones. El muchacho y su amo son dos tipos astutos; el primero, utiliza su ingenio para burlar al ciego; este barrunta o descubre las malicias del niño, y las castiga con crueldad.

Se describe aquí el último ardid que el pícaro utiliza para beberle el vino al ciego; este, observando antes que el líquido disminuía mucho, optó por tener el jarro en la mano. A Lázaro se le ocurrió entonces chupar dentro con una larga paja de centeno. El vino seguía desapareciendo, y el ciego decide colocarlo entre las piernas y tapanlo con una mano. Lázaro cuenta en estas líneas cómo se las ingenia de nuevo, agujereando el fondo del jarro, tapando el agujero con un poco de cera y bebiendo entre las piernas del ciego, cuando la cera se derrite por el calor del fuego próximo. La venganza del amo será espantosa: un día, cuando más a gusto se encuentre Lázaro en su operación, el ciego levantará el jarro y se lo estrellará en el rostro.

[Tema] El tema del fragmento es simple: el pícaro nos cuenta la *astucia* con que, impulsado por su afición invencible al vino, inventa un ardid habilísimo para seguir robándose al receloso ciego.

[Estructura] La nota de *astucia* está presente en todo el fragmento, en el cual podemos distinguir dos apartados: en las cinco primeras líneas describe el pícaro la preparación del artificio, y en el resto, su provechoso funcionamiento.

[Análisis. Apartado a)] El primer apartado insiste primero en la *necesidad* de vino que el pícaro siente, y después en la *sutileza* del ardid que se ve obligado a inventar. Es una confirmación de que la necesidad aguza el ingenio.

La primera nota se manifiesta por la frase principal *moría por él* [el vino] y su subordinada causal *como estaba hecho al vino*. Se pondera con ellas la *necesidad* que le conducirá al invento ingenioso, y al robo. Porque no es la suya una afición dominable: *muere* por beber; y no es un gusto que pudiera procurarse de tarde en tarde: *estaba hecho al vino*. Son, como vemos, expresiones coloquiales, muy vivas, muy típicas de la lengua del pueblo, que Lázaro emplea para confesarnos su lastimosa intimidad.

Otra nueva causa le induce a inventar algo nuevo: *viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía...* La inutilidad de la treta anterior (a la que llama *remedio*, en función de la *necesidad* que satisfacía), queda patente por esa unión, tan coloquial también, de dos verbos ligados por *ni*: *no me aprovechaba ni valía*.

Las dos causas citadas (*estaba hecho al vino* y la inutilidad del anterior remedio) le fuerzan a su ingeniosa invención: *acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil*. La nota ahora dominante es la *agudeza* de la treta; y también la cautela suma con que debe proceder para que el ciego no se dé cuenta.

Una serie de rasgos gramaticales y léxicos expresan bien todo aquel proceder astuto (*tema*) y hábil; el diminutivo *fuentecilla*, emparejado con la expresión sinónima\* *agujero sutil*; esta, en efecto, no añade nada a la descripción, pero refuerza la idea de la finura que Lázaro tuvo que poner en su maquinación.

Tales notas se acumulan en la frase siguiente: *y delicadamente, con una delgada tortilla de cera, tapanlo*. Muy expresivo es el primer adverbio, y con él, los elementos que ponderan la delgadez e imperceptibilidad del tapón de cera; el adverbio *muy*, el adjetivo *delgada* y el diminutivo *tortilla* (= torta pequeña).

[Apartado b)] Según se ha dicho, en la segunda parte del texto (líneas 5-11) se explica el funcionamiento del artificio. La nota que ahora predomina es la del *placer* que Lázaro siente satisfaciendo su vicio. (Se prepara así el efecto de rudeza que tendrá la venganza del ciego, cuando su criadillo esté más embelesado en su mezquino goce.)

Las frases iniciales describen muy plásticamente la treta. Lázaro, al tiempo de comer,  *fingía frío*. Pero ¿tenía que fingirlo? Evidentemente la temperatura era baja, porque, si no, sobraba la lumbre que tenían encendida. Entonces, ¿por qué dice que  *fingía tener frío*? Sólo porque le interesa conducir nuestra atención a la *astucia* (*tema*) con que obraba. Hasta el frío que era bien real, nos lo presenta bajo la forma de fingimiento, de habilidad.

La pobreza extrema, la miseria en que se desarrolla la escena, muy típica de la novela picaresca, se pone de relieve con los adjetivos *triste* (ciego) y *pobrecilla* (lumbre).

La cera se derretía *por ser muy poca*. Lázaro vuelve a aludir a la delgadez del tapón, necesaria para que pudiera ablandarse con la escasa lumbre; y con ello sigue mostrándonos su ingenio, capaz de forjar un artificio tan delicado como imperceptible para su amo.

Allí comenzaba el gozo de Lázaro. La *fuentecilla* empezaba a *destilarle* (nueva insistencia en la sutileza del mecanismo) el vino en su boca, diestra en no desperdiciar nada del generoso líquido.

La frase final vuelve a la nota temática de la avidez, del vicio del niño. La ponderación *que maldita la gota se perdía*, es de marcado carácter coloquial.

[Conclusión] Todo el fragmento ejemplifica bien la *astucia* del pícaro, que tiene que satisfacer sus necesidades... y sus vicios, en un ambiente de hostilidad y de pobreza. Son numerosos los rasgos lingüísticos que Lázaro emplea —la novela picaresca es siempre autobiográfica, y por tanto, está escrita en primera persona—

para poner en relieve su *habilidad* y su *ingenio*. Dos breves notas, sin embargo, le bastan para evocar el ambiente de miseria en que la escena transcurre.

La treta nos regocija y, a la vez, promueve nuestra compasión hacia aquellos desventurados, cuya pobreza les hace disputarse, con recursos dignos de más noble fin, el contenido de un jarrillo de vino. El fragmento es un prodigio de sencillez y de plasticidad\* descriptiva.